

América Latina y el cambio global

Conferencia dictada el 02 de diciembre de 2011

FERNANDO HENRIQUE CARDOSO

Quisiera comenzar expresando mi satisfacción por estar en Chile. Cuando venía ahora a la Universidad Diego Portales noté que estaba en la misma calle República donde yo enseñé durante los años 60. Como brasileño, paulista, sentía un frío tremendo cuando teníamos clases en invierno. Trabajaba yo en la CEPAL. Quise demostrar mi gratitud hacia Chile y enseñé tres años en esa Facultad. Luego enseñé sociología, y después estuve en la FLACSO. Para mí, volver a Chile nuevamente es siempre una cosa muy afectiva. Me siento muy bien y veo a muchos amigos.

Quisiera, dado que se mencionó a Enzo Faletto, rendir mi homenaje una vez más a este notable intelectual. Quienes no pudieron conocerlo, no se pueden imaginar el tipo de persona que era. Acá se ha dicho que el libro *Dependencia y desarrollo...* lo hicimos en medio de muchas bromas. Es verdad. A Faletto le gustaba mucho el vino y yo no tenía esa costumbre. Para mí era más difícil tomar vino con esa energía y Faletto era muy desordenado, de pensamiento anarquista. Yo tenía que disciplinarlo, porque soy hijo de militares y, en consecuencia, la disciplina es para mí una cosa sagrada. Me

resultaba casi imposible disciplinar a Faletto. Menos mal que teníamos un juez que se llamaba Medina Echavarría, que era nuestro jefe en la CEPAL y ayudaba a poner un poco de orden en todas las confusiones que nosotros causábamos. Además escribíamos ese librito en castellano. Si mi español ahora es malo, imagínense como era entonces, y Echavarría hizo correcciones en el texto. Por eso es una obra casi colectiva. Cada vez que vengo a Chile tengo nostalgia de Enzo.

Pasé además por Buenos Aires antes de venir acá, y tuve otro golpe al saber del fallecimiento de otro amigo nuestro, Guillermo O'Donnell. También quisiera comenzar esta conversación rindiendo homenaje a O'Donnell, quien fue un hombre de una gran creatividad. Con él y con Faletto estuvimos muchas veces juntos. O'Donnell también tenía un espíritu muy bromista, pero hacía las cosas en serio, aunque con el mismo gusto de vivir que tenía Faletto, y con una enorme energía personal e intelectual.

Dicho eso, pregunté sobre qué debería hablar y me dijeron que yo tenía “chipe libre”, lo que es peligroso. Pero ya que se han hecho referencias a algunos de los temas de la cátedra Globalización y Democracia, comenzaré por hacerles una confesión. Cuando estuvimos aquí escribiendo ese libro, *Dependencia y desarrollo...*, que ya cumplió cuarenta años y que ha tenido una cierta importancia, nosotros no teníamos la más mínima idea de que en verdad estábamos tanteando algo que ahora se conoce como globalización. En aquel momento, lo que aún estaba vigente era la idea de un mundo donde había un centro y una periferia. La periferia era dominada por las fuerzas céntricas y el imperialismo era una expresión de ello. La expansión del capitalismo se daba bajo la forma de imperialismo, colonialismo y otras expresiones.

La CEPAL había descrito ese proceso en términos de centro y periferia, y con las ideas de Furtado y Prebisch ya había una idea de que era posible cambiar la situación. El mensaje real de la CEPAL no era un mensaje de acomodarnos a la situación, sino de tratar de cambiarla, y Prebisch, quien era un economista de buena formación, había escrito un libro sobre Keynes y había sido presidente del Banco Central de Argentina. Era un hombre de gran sensibilidad y de visión política. Él quería cambiar. ¿Y cómo se cambiaría? No repetiré lo que ustedes ya saben. Se creó la teoría de los términos de intercambio, que indicaba que las *commodities* tenderían crecientemente a bajar de manera acíclica, mientras que los productos industrializados sufrirían lo contrario. Entonces, si nosotros queríamos salir del círculo de hierro en que estábamos, teníamos que producir un proceso de industrialización.

¿Cómo hacerlo, si no teníamos capitales y había que formarlos? El rol del Estado era importante en la formación de capitales, y Prebisch, quien nunca fue cerrado a la idea de la inversión extranjera, tenía muy claro que la clave de todo era el aumento de productividad. El asunto era cómo agregar valor y cómo podían desarrollarse instrumentos técnicos y tecnológicos para una producción que agregara valor. Además, en aquel tiempo la idea era que el Estado empujara todo eso forzando la capitalización y creando políticas que fueran favorables a la industrialización, para revertir la situación preexistente. Allí también nacieron algunas ideas que planteaban cierto tipo de planificación. No es por casualidad que Prebisch fundó el ILPES, Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social, y más tarde Prebisch decidió crear la UNCTAD, ya que, si había una división internacional del trabajo, había que tener

reglas para el comercio. Ese era el ambiente a fines de los años 50 y a principios de los 60.

Yo no tenía nada en contra de esa visión, pero como soy sociólogo, pensé que faltaba la cuestión política y la cuestión sociológica, y que quizás la vinculación centro-periferia era insuficiente para explicar lo que pasaba en América Latina. Porque yo venía de Brasil y ese país ya se había industrializado, y ya había una fuerte inversión extranjera en el sector industrial, al igual que en México y Argentina. Es decir, había algunos países que no se relacionaban con el centro de un modo sencillo, y en la medida en que llegaba inversión externa, esta misma terminaba aliándose para expandir el comercio local, doméstico, y el mercado interno. Recordemos que en ese entonces no se hablaba de exportar los productos industrializados, porque la calidad era otra y había que ampliar el consumo doméstico.

En consecuencia, nosotros criticábamos las ideas vigentes en la izquierda, ancladas en la visión del Partido Comunista, esa de que el gran enemigo era el imperialismo y que éste se asociaba al campo, al latifundio, productivo o improductivo, en contra de la posibilidad de industrialización. Más tarde hice una encuesta en Brasil y todos los empresarios que estaban más o menos asociados al capital internacional sentían horror hacia la reforma agraria, que era la precondition para cambiar la situación según la mirada de la izquierda. El libro es un intento de decir: "Cuidado, la cosa es más complicada que eso". No se puede simplificar tanto y utilizar una visión reduccionista que no capta el movimiento de la realidad, los procesos que ya están ocurriendo.

Pero tampoco las propuestas de la CEPAL tomaban en consideración la diversificación de los tipos de vinculación de las

economías –aun siendo éstas periféricas– con el centro. Algunas economías eran de enclave, otras eran industrializadas, otras estaban basadas más bien en enclaves agrarios, otras eran mineras, otras ya tenían una formación de capitales nacionales y, por ende, una burguesía local con un cierto peso, y en otras ya se veía un proceso de asociación entre las burguesías locales y las internacionales. Posteriormente escribí algunos artículos sobre el desarrollo dependiente asociado, donde me refería a la existencia de esas asociaciones.

Fíjense que en esa época no existía siquiera el concepto de empresa multinacional. La empresa multinacional fue el invento de un señor Vernon en los años 70, en los Estados Unidos. Antes solo se hablaba de *trusts* y de carteles. Nosotros, para tratar de describir lo que ocurría, inventamos un concepto insuficiente: hablamos de la internacionalización del mercado interno. Pero era más que eso, era la internacionalización de todo, incluso de la producción. Este era el comienzo de la globalización. Nosotros no sabíamos acerca de la existencia de ese concepto y tratábamos de ver lo que estaba pasando con ese mundo que se estaba transformando, y donde las ideas de antes ya no tenían vigencia, pero donde tampoco existía el vocabulario para siquiera expresar lo que estaba pasando. No podríamos habernos imaginado que a partir de los años 70, los cambios se iban a acelerar enormemente, por dos razones fundamentales, que son razones de orden técnico, pero que también tienen que ver con la cultura de los países.

La primera razón es una transformación brutal de los medios de transporte físico, la aparición de los *containers*, los grandes buques que podían llevar mercancías hacia lugares muy remotos, lo que permitió una enorme movilidad física. Y la segun-

da fue el desarrollo de la informática, de internet y todas las consecuencias de eso, en términos de cambiar las nociones de tiempo y espacio: uno puede producir en cualquier lugar, controlar de lejos, maximizar los factores de producción haciendo parte de la producción en distintos lugares y montándola en un tercer lugar. Todo eso cambió el modo de vinculación que hay entre las distintas economías del mundo, y allí empezó a existir realmente un proceso de globalización.

De globalización como tal solo empezó a hablarse con más propiedad una vez que esos procesos tecnológicos y la internet penetraron el capital financiero. Lo anterior hizo que la volatilidad de capitales, la posibilidad de enviar capitales, el flujo de capitales, tomara un impulso enorme. De hecho, la temática nuestra, que de alguna manera estaba obsesionada con los Estados nacionales, con la cuestión del imperialismo o con el tema del desarrollo basado en el Estado, quedó un poco a la zaga, porque las multinacionales se saltaban las barreras nacionales. Y sobre el flujo de capitales, ni hablar. Eso comenzó a transformarse en una pesadilla, porque comenzó a exigir una gran rapidez para la toma de decisiones, que no tiene nada que ver con los tiempos de la toma de decisiones políticas. Eso fue lo que produjo la actual globalización.

Actualmente tenemos una crisis de la que ya voy a hablar, así como también hablaré un poco de Brasil, para concentrarme más en un país en vez de hablar de toda América Latina.

El proceso siguió y avanzó en medio de varias crisis. Yo mismo sufrí como Presidente de Brasil muchas de ellas. Brevemente, durante mis ocho años de gobierno solo en dos años no hubo crisis, el 96 y el 2000, porque el 95 las consecuencias de la crisis de México estaban allí, el 97 la crisis de Asia, el 98

la de Rusia, el 99 la nuestra. Argentina estaba en crisis todo el tiempo y hasta el mismo Estados Unidos tuvo crisis.

Cuando fui elegido presidente, la primera visita que hice fue a Chile, en 1995. En esa ocasión pronuncié un discurso en la CEPAL, donde señalé que era necesario implantar reglas para el flujo de capitales, porque este flujo estaba perturbando el proceso de crecimiento en muchas partes. Más tarde, con Clinton y Blair formamos un grupo que se llamó *Progressive Governance*, la tercera vía, y que nació en una reunión en Florencia. Allí dije que había que hacer algo sobre el tema de los flujos financieros, e incluso hablamos de la tasa Tobin, que parecía en ese entonces una cosa diabólica, con la que Blair se puso muy nervioso. No aceptaba nada, ninguna forma, ninguna regla, porque pensaba que el mundo, con el potencial enorme que le otorgaba el instrumental moderno sobre la movilización de capitales, podía funcionar bien así. La vida mostró que la desregulación sin ningún control iba a causar problemas serios.

Bueno, tuvimos esos problemas serios, y ahora, después de 2007, entramos en una fase muy difícil. En el fondo es un desdoblamiento de un mismo proceso por el cual se da la expansión del proceso capitalista, pero tiene una peculiaridad. Si en el pasado existía esta obsesión con el imperialismo y el colonialismo, a partir del momento de la predominancia de las multinacionales y de la globalización los Estados pierden fuerza y en consecuencia no hay más guerras, en el sentido clásico de las guerras para ocupar espacios. Hay guerras, pero son regionales y de otra naturaleza. Son por religión, por sentidos de independencia nacionales, pero no son en función de la expansión de los capitales.

Revisemos los orígenes del proceso para comprender mejor. Bien sabemos que el mundo después de la segunda guerra

mundial se reestructuró, y lo hizo en función de una organización política que fue controlada por quienes vencieron en esta guerra. En una conferencia reciente puse mucho énfasis en el rol de Roosevelt, porque él tenía una concepción muy clara de lo que quería. Ni siquiera sobre lo que Estados Unidos quería, sino sobre lo que él quería, y él quería la paz mundial. Roosevelt tuvo una relación con Stalin que es muy difícil de entender si uno no se da cuenta que Roosevelt tenía un objetivo valórico, que era lograr la organización de Naciones Unidas para asegurar la paz.

La correspondencia entre Stalin y Roosevelt es fascinante, porque Stalin estaba desaforado, era un niño malo y Roosevelt le aceptaba todo. Churchill, por otro lado, se ponía muy nervioso, porque Churchill era un guerrero y quería liquidar pronto al comunismo, y a Roosevelt le preocupaba más terminar pronto con la guerra y lograr una situación de paz. Al final ganó Roosevelt y, por medio de los acuerdos de Yalta, se dividieron el mundo, organizaron el sistema de Naciones Unidas y se sentaron en el Consejo de Seguridad los que ganaron la guerra, no los que estaban homogéneamente defendiendo valores. Ahí estaban los soviéticos, los chinos, los franceses, los americanos y los ingleses. Churchill ya reclamó dos años después, señalando que “hay una cortina de hierro”. Churchill no se acomodaba con la posición de tolerancia que tenían no solo Roosevelt sino los americanos.

Pero para bien o para mal, esa organización mundial se creó después de la guerra, y todas las instituciones globales siguen siendo de esa época: el Fondo Monetario, el Banco de Basilea, el Banco Mundial. Los pilares del orden contemporáneo siguen siendo los que se fundaron en el 45 o el 46. En conse-

cuencia, son anteriores a este proceso de globalización y parecen ser como adolescentes que crecieron pero que todavía siguen usando los mismos pantalones, que obviamente les quedan cortos. Eso es lo que está pasando ahora: el sistema político global se organizó en un determinado momento, pero ahora vivimos en otro, y este sistema parece incapaz de tomar decisiones que hagan frente a los desafíos actuales, impuestos por la situación económica.

Además, sucedió otro fenómeno que no estaba considerado en el mapa, porque siempre hay sorpresas. Nadie podría haberse imaginado que la Unión Soviética desaparecería sin guerra, y lo hizo. Durante la Guerra Fría, los americanos forzaron mucho los presupuestos soviéticos, limitaron la posibilidad de crear una situación mejor para los ciudadanos soviéticos, pero la URSS no cayó por eso. El imperio ruso cayó, como bien lo muestra un libro de Castells, porque los rusos no pudieron hacerle frente al desarrollo tecnológico de Estados Unidos, de Japón, de Corea, en relación a la informática y la miniaturización.

Cada uno de nosotros tiene ahora una computadora en el bolsillo. Eso se ha vuelto normal, pero no fue posible en la Unión Soviética por dos razones. Primero, porque ellos desarrollaron por su cuenta máquinas para poder llevar el hombre a la luna. Khrushchev fue arrogante: amenazó con que ellos iban a sobrepasar al mundo occidental, pero llegó un punto en que los jefes militares soviéticos percibieron que estaban perdiendo. La tecnología del mundo occidental avanzó mucho más de prisa, y los rusos no podían avanzar de la misma manera, dado que las nuevas tecnologías también ofrecían enormes posibilidades para que las personas se informaran. Ya nada era secreto, y el mundo soviético dependía del control. Ni siquiera

ra el fax fue aceptado por el mundo soviético. No quiero aburrirlos pero tengo experiencias directas. Yo fui muchas veces a la Rusia soviética, y era una cosa espantosa la incapacidad de adaptarse al mundo contemporáneo. Un solo ejemplo: tuve una reunión allá con los ministros rusos, estaba con otros grupos, yo era senador, y un gran jefe del banco principal de Rusia nos dijo: “Yo tengo una agencia en Crimea, pero los documentos se demoran un mes en llegar a Moscú, porque vienen en camión”.

Eso mostraba que los rusos no se adaptaban a la nueva sociedad, porque el modelo político no lo permitía. Los militares intentaron cambiar eso, y empezaron a copiar con ingeniería reversa los *gadgets* que los americanos o japoneses creaban, pero no lo lograban. Así el mundo se fue desplomando desde adentro en la Unión Soviética. Después de eso solo quedó un gran poder: Estados Unidos. ¿Y China? En ese tiempo no nos dimos cuenta de que China iba a crecer del modo en que lo hizo. Ello creó una nueva situación en el mundo, que no permitió que hubiera un gran controlador del planeta.

Por su parte Europa también se movió y creó la que quizás ha sido la institución civilizatoria más avanzada existente, la que conocimos como la Comunidad Económica Europea, que no repetiré como se hizo, pero que se hizo bajo el mismo temor que llevó a Roosevelt a crear la ONU: el miedo a la guerra. Los alemanes y principalmente los franceses se dieron cuenta de que o se unían y creaban una integración, o habría otra vez el riesgo de una guerra. Fue una construcción política.

¿Por qué digo todo esto? Porque a veces las construcciones políticas avanzan más que el proceso económico, pero de pronto el proceso económico puede sobrepasarlas. Lo que está ocurriendo en este momento es que las instituciones políticas

globales y también las regionales han sido sobrepasadas por la velocidad de las transformaciones económicas y también por la debilidad de las construcciones políticas.

En el caso del orden mundial global, muchos líderes se percataron de que el sistema de Naciones Unidas era muy importante: mantuvo la paz, evitó la conflagración entre los grandes, avanzó mucho en sectores como la demografía, la cuestión de la igualdad entre hombres y mujeres, la cuestión del racismo y el tema medioambiental, entre otros. Las organizaciones específicas, sobre todo la OMC, funcionan razonablemente bien, pero todavía falta la capacidad de tomar decisiones en el sector económico y financiero, y así empezaron a inventar el G7, el G8, ahora el G20, y nada ha funcionado debidamente.

El último G20 fue maravilloso. Lo único que quedó de él fue un rumor sobre lo que pasó con un micrófono, donde descubrieron que tanto Sarkozy como Obama habían dicho que no aguantaban más a Netanyahu. Eso fue todo lo que quedó. Ni siquiera una foto. Por lo general siempre queda una foto, pero esta vez no quedó nada, porque realmente no se han construido instituciones que puedan reglamentar el mundo, y hay una fuerte tensión entre los países. No se ha logrado avanzar, y seguimos con un marco regulatorio político que es insuficiente para actuar a tiempo y contrarrestar las tendencias negativas. Incluso frente a las tendencias que son negativas para la paz, hay dificultades en el proceso de la toma de decisiones. Todavía continúa la persistencia del Estado nacional como actor, que debe confrontarse con un mundo cada vez más integrado planetariamente por las redes sociales.

Volvamos a la situación europea. Europa es una consecuencia de una decisión política importante, que garantizó una paz

importante y, más que una paz, un comienzo de integración. Pero probablemente los que crearon los mecanismos de la Unión Europea se imaginaron que al crear un banco central único, que controlaba la política monetaria, se llegaría progresivamente a una mayor integración de otros órdenes institucionales, incluso las políticas sociales, los presupuestos, las cajas de previsión social. Sin embargo, no pasó nada de eso. El drama que hay ahora en Europa se debe a que no existe la posibilidad de imponer una disciplina fiscal global, y que al mismo tiempo existe una sola moneda, aparte de otras cuestiones como las transferencias de recursos de los países más ricos a los más pobres, y una incapacidad de dirigir lo que esos países iban a hacer con su plata, la que no necesariamente fue gastada de la mejor manera posible.

Siempre se pensó que el Tratado de Maastricht pondría ciertas limitaciones y evitaría un endeudamiento fiscal mayor al 3% del PIB, pero todos desobedecieron. Empezaron los alemanes, siguieron los franceses, y después siguieron todos. Ahora se culpa a los griegos porque son del sur, porque les gusta la buena vida. Se olvidan que los otros tampoco en su momento respetaron las reglas de Maastricht y, en consecuencia, nadie respetó nada, salvo el Banco Central Europeo, que impuso una política monetaria dura. Ahora que el problema estalló en toda la región, los alemanes dicen: “Yo no estoy de acuerdo en darles plata si ustedes no ponen primero orden”, y los otros dicen: “No, primero ustedes ponen la plata y después ponemos orden”. Y en eso estamos. Unos dicen: “No se puede dar plata al tesoro sino a la banca”, y otros dicen: “No, solo al tesoro”. Están todos metidos en lo mismo porque los bancos europeos se encuentran llenos de papeles soberanos. Luego, no hay una crisis

del tesoro que no tenga una repercusión en la banca, y viceversa. Yo no sé cómo se saldrá de esa gran confusión.

Algún tipo de analogía se puede hacer con mi país, en el pasado. Brasil es una federación, son varios Estados. Allí tuvimos el mismo problema. Tuvimos un desorden enorme, pero no era un desorden federal, sino un desorden de los Estados, y los Estados como en Europa disponían de bancos, y esos bancos se habían vuelto bancos emisores porque los Estados tomaban préstamos y no pagaban, lo cual generaba una expansión del consumo y pasaban títulos podridos al Banco Central. Pusimos orden en esa cuestión, pero se trataba de un gobierno federal que tenía la fuerza y la legitimidad política, la competencia y el poder de imponer y obligar a que los Estados vendieran sus bancos, el poder de ponerles reglas e impedirles solicitar préstamos nuevos sin el visto bueno del Banco Central y del Senado. En el caso de Brasil fue posible decir: “Voy a consolidar la deuda, tomo toda la deuda y la asumo, doy plazo a treinta años con una tasa de interés más baja”.

Europa tiene que hacer eso, pero como se trata de países soberanos, Europa va a tener que realizar una vasta negociación para que cada país acepte lo que se está tratando de dibujar. Es decir, en este momento estamos asistiendo a una crisis que tiene aspectos políticos y aspectos económicos. Es política porque la decisión allá va a necesitar de decisiones políticas. Algunas están siendo tomadas, pero al revés. Por primera vez en la historia reciente, que yo sepa, los llamados mercados, que nadie sabe muy bien qué son, han nombrado primeros ministros, en Italia y Grecia. La falencia del sector político ha sido total. La incapacidad de dar alguna disciplina y de encontrar soluciones ha permitido que los mercados puedan poner allí

una especie de interventor. ¿Hasta cuándo va a durar eso? Y los pueblos, ¿cómo van a reaccionar? Esos indignados y esos otros que todavía no están indignados, ¿cómo se van a comportar? ¿Cómo van a hacer todo eso? No se sabe.

Pero esto no es del todo novedoso. Les voy a contar un pequeño cuento para darle más carne a lo que estoy hablando. En el año 2007 yo estaba en Estados Unidos. Era profesor en Brown University y la gente del *Citigroup* me invitó a mí, no recuerdo si a Lagos, pero sí a González y a Clinton, para asistir a un seminario que iban a hacer con algunos de sus clientes inversionistas en América Latina, un seminario que duraba dos días. Cada uno debía hablar una hora para darle un poco de vida a la reunión con la presencia de ex-presidentes.

Entre paréntesis, hablando de ex-presidentes, me gusta mucho un dicho de Felipe González, que dice que los ex-presidentes son como esos jarrones chinos: jarrones enormes, que a todos les gustan, pero nadie sabe qué hacer con ellos.

En todo caso estábamos allí en la reunión, yo tenía tiempo y me quedé los dos días escuchando lo que ellos decían entre sí, y me sentí fascinado, en mayo de 2007, porque ellos lo sabían todo, pero todo: cuál era la relación de precios entre este micrófono y esta botella de agua aquí, en China y no sé dónde, y multiplicaban y hacían una derivada a la tercera y un gráfico, y al final demostraban que el mundo iba de maravillas. Ningún riesgo posible. Cielo de brigadier: puede volar, no hay nubes, todo en orden, hasta que llegó un señor que se llamaba Bob Rubin, con quien desafortunadamente tuve que trabajar por lo de la deuda de Brasil, por ello lo conozco bien, es un tipo inteligente. Era *chairman* del *Citigroup*, y antes de que Clinton llegara a hablar, habló Bob Rubin, que dijo: “Pero cuando yo

veo que el cielo está muy despejado, me preocupa porque de pronto puede cambiar el clima, y si tuviera algún proyecto no pongo mi plata, sino que la llevo al banco, porque la tasa de interés está muy conveniente y la guardo, porque de repente puede haber algún problema de liquidez”. Y luego siguió diciendo: “No hay peligro”. Y agregó: “Salvo que...”. Y habló por primera vez de las hipotecas podridas, y yo no sabía lo que era eso. Y enseguida matizó: “Pero no se preocupen. Los bancos no tienen nada que ver”. Bueno, su banco casi quebró, porque los bancos estaban metidos hasta el cuello.

La gente no se da cuenta cuando los procesos están llegando. Yo volví a Brasil y allí hubo una reunión de los economistas que me ayudaron en el gobierno, sobre el mismo tema, y se dijeron las mismas cosas: “Por Dios, China cambió al mundo, nunca más habrá nada, es un movimiento continuo de crecimiento. No hay peligro”. Al cierre de la reunión me tocaba a mí, y dije que estaba totalmente de acuerdo, porque nunca discuto con economistas, ya que lo saben todo. Siempre estoy de acuerdo. Yo soy un sociólogo, no sé nada. Pero les dije lo que yo había escuchado allá, y además les dije que traía un papel de otro señor, Bill Rhodes, que había sido vicepresidente *senior* del *Citigroup*, y con quien yo también trabajé: era el representante del sindicato de los banqueros con deuda brasileña. Este señor me pasó un papelucho donde decía que en dos años iba a haber una crisis financiera. Nadie le creyó. Nadie. Ni en Estados Unidos, ni en Brasil, nadie le creyó.

Volví a Estados Unidos en octubre de ese mismo año. Yo trabajaba en Brown, en Providence, y había un desbarajuste. Más de 700 casas de la región estaban en *foreclosure*. Estaban listas para licitación, porque ya se producía la crisis bancaria.

Cuando viene una gran crisis la gente no se da cuenta, y no se da cuenta porque la gente está ganando, y si tú estás ganando, dices: “¿Por qué yo voy a perder? No, yo gano igual”. Hasta que explota todo. En Europa pasó un poco lo mismo. La gente sabía: hacía mucho que había una incompatibilidad entre una moneda común, una tasa de interés dictada por un banco, y gastar de otra manera. Toda la gente sabía eso, pero recién cuando llegamos a un momento insoportable, se comienza a tomar conciencia del peligro.

En Estados Unidos fueron más rápidos para actuar. Hicieron todo lo que en teoría no se puede hacer. El FED se volvió un banco comercial que aceptaba papeles comerciales, inundó el mundo con dólares y todavía sigue en eso. Los banqueros no pagaron nada. La gente se queja, pero las primas por desempeño siguen elevadísimas. El desempleo está muy elevado, pero ellos salvaron más o menos su sistema financiero.

En esta región estamos más o menos abrigados porque aprendimos de las crisis anteriores y tomamos medidas distintas a las de los demás. Aceptamos mucho más la regulación del capital y del endeudamiento de los bancos. Los bancos de la región están más o menos sanos, los tesoros están más abundantes, así que estamos relativamente protegidos en este momento de la crisis, pero de lo que no estamos protegidos es de la continuidad de la crisis en Estados Unidos, en Europa y, si es que llega allá, en China. Escuché esta mañana que parece que China oficialmente dijo que su tasa de crecimiento va a ser del 7%, lo que parece enorme, pero China crecía al 12%, al 10%. Eso significa una cierta retracción de sus importaciones, y China tiene que hacer eso porque exporta a Europa, y Europa no va a crecer nada en los próximos años, y si Estados Unidos crece, será poco.

Estamos en un momento en el cual, pese a la posición positiva de América Latina, hay ciertos riesgos, porque vamos a tener más dificultades que en los años anteriores. Nada trágico, comparado con situaciones pasadas, pero sí hay una señal de alerta. ¿Cómo salir de este embrollo? No es fácil, pero creo que salir del lío financiero es un imperativo. De una manera u otra, van a tener que llegar a algún acuerdo real antes que haya una quiebra generalizada, que se puede dar especialmente en Europa. El asunto es que cuando hay una crisis financiera de este tipo hay que actuar rápido, hay que hacer un *overshooting*, es decir, ofrecer más de lo necesario, y hay que enviar un mensaje: “Yo no quiero que hagan más tal cosa”.

En Europa no se hizo nada de eso. Se ha actuado lentamente. La solución respecto al 50% de la deuda de Grecia hubiese funcionado hace un año. Ahora yo no sé. Nunca han puesto realmente sobre la mesa de dónde sale la plata y no queda claro lo que quieren, salvo los alemanes que solo quieren una cosa: orden, como siempre.

Hay que enviar un mensaje, de modo tal que los países que tienen que poner orden acepten poner este orden. Cuando uno está en un país como Brasil y hace política como yo la hice, política dura para poner orden, se requiere mucha decisión. La tuvimos y pudimos consolidar la deuda. Primero yo asumo la deuda de ustedes, pero después ustedes van a obedecerme. Allá, ellos quieren lo contrario: “Obedézcanme y después les pasamos la plata”. Nada va a pasar, porque no van a creer que les van a poner la plata y no se ve muy claro de dónde viene la plata. Creo que allí hay una señal preocupante, aun si la actual situación se soluciona.

Me parece que el mundo va a tomar el empuje que ya traía solo si se abren nuevos campos de inversión, a la Schumpeter. Abrir nuevas áreas para que la gente crea que hay una vía, porque el asunto no solo es arreglar la situación financiera, sino retomar el ímpetu de crecimiento, ofrecer posibilidades y horizontes de acción, de manera que la gente perciba que por aquí hay un camino, que por aquí yo obtengo empleo, que por aquí yo voy a avanzar.

No quiero hablar demasiado, pero como el tema es también la democracia, es necesario señalar que hay ciertos problemas para la democracia con esta crisis. Por un lado hay un problema independiente de la crisis. Así como ya se veía antes la dificultad de la gobernanza global independientemente de la crisis, también se ve ahora que hay problemas con la democracia representativa, más allá de la crisis. Los mismos procesos que llevaron a la globalización, como la revolución en los medios de comunicación, llevan a una multiplicación de la información y a la capacidad de acción de las personas, con independencia de las instituciones. Esto produce una creciente desconfianza frente a las instituciones.

En mi país, y eso sucede en muchos países incluido Chile, ahora hay una especie de *decoupling*: el Congreso va para un lado y el pueblo para otro. El pueblo no mira al Congreso como su institución. Lo mira como una casa de locos, aunque por lo general no son locos los que están ahí. Son peores, porque el loco no tiene conciencia de lo que hace. Por un lado está la vida política institucional y por el otro está la sociedad y el pueblo. Y donde éste tiene capacidad para protestar lo hace. Está sucediendo en todo el mundo, y la expresión más dramática se da con la primavera árabe, donde lo que pasó

fue que se juntaron situaciones de opresión, de desempleo y de mucha información. Explotó todo, pero después, ¿para dónde vamos? Eso no se sabe, y no es que ellos no lo sepan, sino que nosotros tampoco sabemos cómo conciliar esta posibilidad de ampliación del proceso decisorio, gracias a la información generalizada, y la posibilidad de interacción con las instituciones representativas, que son importantes y que son necesarias. Todavía no tenemos los eslabones que permitan solventar este tipo de procesos.

Riesgos hay varios. Porque además hay otro tipo de modelo, que para simplificar solo lo mencionaré como “modelo chino”, donde no hay democracia, y donde al parecer las decisiones se están tomando de una manera no democrática. Eso puede fascinar a ciertos sectores, lo que implica un peligro. China es otra cosa, es otra cultura, nunca hubo tanta libertad en China como existe hoy, nunca hubo tanta participación en China como hoy, es otra historia. Pero no acá, no en los países occidentales democráticos.

El otro riesgo es que venga un demagogo y anuncie: “Yo rompo con todo eso”, y que la gente lo siga. En consecuencia, vivimos en un mundo complejo, y además hay una sensación no muy clara, pero que existe, acerca de un desplazamiento no solo económico sino también político, hacia el Oriente, hacia Asia. Si uno mira los indicadores demográficos, el peso de Asia y de África aumenta en comparación con el peso occidental. El peso occidental se está achicando de manera consistente y, por desgracia, en Estados Unidos bajo Bush y los neoconservadores hubo una decisión equivocada en relación a la expansión del modelo americano, lo que los condujo a Irak y Afganistán con los resultados que conocemos. Fue una visión totalmente

opuesta a la realidad. Había que optar por la contención y no por la expansión.

Esos son los grandes temas para la democracia. Es necesario ver cómo inventar, si es posible, nuevas formas que permitan una vinculación entre esta espontaneidad de movimiento y la necesidad de un orden institucional que tenga una representación formal. ¿Cómo hacerlo? Quizás de la misma manera que en relación al orden mundial: crear mecanismos que permitan la participación más amplia en ese sistema, pero que a su vez respeten la diversidad y que no sean una tentativa de imponer una particularidad por más grande que sean China o Estados Unidos.

Como yo ya no estoy en la política práctica, puedo tener paciencia y tiempo. Los políticos no pueden porque tienen elecciones o tienen que tomar decisiones, pero como yo no soy candidato a nada, tengo la libertad de decir que va a tomar mucho tiempo arreglar estas situaciones. Es un proceso histórico. Estamos pasando por una transformación muy profunda, que a lo mejor empezó en los años de *Dependencia y desarrollo...*, avanzó mucho en los años 70, 80, 90, entró en crisis ahora y va a seguir.

Va a tomar tiempo, es normal que lo tome, y requiere un liderazgo que por ahora no existe. Yo hablé de Roosevelt, hablé de Churchill, no dije los nombres de los fundadores de Europa, pero ahí están, al igual que Deng Xiaoping en China. Ellos tomaron la iniciativa de romper e innovar. En este momento no se escuchan voces globales, quizás localmente las hay. Hay un ruido que no llega a ser una voz. Necesitamos voces globales que puedan realmente encaminar soluciones más amplias para resolver estas cuestiones.

Termino diciendo que esto no es tan grave ni novedoso. Nunca se tiene plena conciencia cuando se está viviendo un proceso de la profundidad del actual. Yo les dije que cuando estaba escribiendo *Dependencia y desarrollo...*, no me imaginé que estaba hablando de globalización. Les dije lo que pasó cuando estaba en Nueva York y escuché a esa gente, quizás de buena fe, que no se daba cuenta de que estaba al borde del abismo. Siempre cuento el mismo chiste, que no es verdad: un gran líder brasileño pasó una buena parte de su tiempo en la revolución francesa y no se dio cuenta de que había una revolución francesa, porque la revolución solo existió después, cuando algunos historiadores juntaron los hechos y dijeron: “Esto fue una revolución”. Nosotros no sabemos las cosas que suceden, porque ahora está todo fragmentado. Tiempo después, alguien va a decir: “De tanto a tanto pasó tal cosa”. Creo que ahora nosotros estamos en el medio de ese “de tanto a tanto”.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

¿Cuál es el rol de América del Sur en el escenario actual? ¿Hay posibilidades de integración? ¿Es necesaria? ¿Cuál es el rol de Brasil?

-El mundo actual va hacia la integración. La globalización requiere integración. Cuando aquí se habla de integración, se habla de integración formal en el sentido de Estados que se unen, pero tengo dudas sobre cuál va a ser el alcance de eso. Miren lo que pasó en Europa para llegar a una verdadera integración. Siempre he sido muy partidario de la integración sudamericana, y aún lo soy, también del Mercosur, pero creo

que hay que tener cierta sutileza en la materia. No creo en la unión de América Latina. Eso es muy complicado. Creo en la unión de América del Sur por razones prácticas. Es la región geográfica “más nuestra”, por sus fuentes de energía, las carreteras. Todo se puede pensar en América del Sur, y es más difícil hacerlo pensando en América Latina. No tengo nada contra México. Todo lo contrario, pero creo que México debe tener un rol muy importante en la organización de América del Norte y Centroamérica. Ello no es incompatible. Competencia económica existirá siempre, pero creo que habrá también confluencia de intereses y valores comunes.

Me parece que la integración en el Mercosur ha sido positiva. Como todos saben, no se ha completado. Me acuerdo que una vez Menem propuso una moneda única –¡por Dios!–, y lo hizo en Buenos Aires. Los dos éramos presidentes, y yo no le podía decir que no. Al final le dije que sí, pero a condición de que avanzáramos en lograr algunas cosas previas. Tener moneda única en Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, es imposible si no hay una disciplina fiscal común. Es muy temprano para tal integración, eso es para después. Pero sí hubo avances en el Mercosur siguiendo los pasos dados en Europa. No hubo más guerra. La relación actual de Brasil y Argentina es maravillosa y antes no era así, y eso ya lo hace valioso.

Nosotros no hemos logrado lo que los europeos lograron, que es una verdadera fusión de capitales, una circulación de mano de obra más libre, reglas de cajas de previsión que permitan la migración de mano de obra y la distribución del proceso productivo en el espacio común. Ahí sí hay una integración.

Les voy a confesar una cosa. Cuando yo estaba en la presidencia, impulsé mucho la formación de un polo automotor

en Río Grande do Sul. La Chevrolet, la GM, hizo una fábrica enorme allá, y la Ford quiso hacer otra, la cual yo apoyé mucho. Desgraciadamente se eligió a un gobernador del PT, partido que entonces estaba en desacuerdo con algo así. Hoy todos están a favor, pero en ese entonces estaban muy en contra, y la fábrica Ford finalmente se fue para Bahía. ¿Por qué yo la quería en el sur? Porque a mi modo de ver, esa era una manera efectiva de lograr una integración concreta con Argentina, por el lado de Córdoba, ya que esta ciudad es un gran centro de autopartes. Las autopartes de Córdoba iban a ser ensambladas en Brasil. Así se produce integración, por una continuidad de procesos, pero no lo hemos logrado. No hay mucha inversión brasileña en Argentina. Hay muy poca fusión de capital. Van allá y compran. Yo hubiera preferido mayor integración.

Creo que la integración marcha y eso es bueno. Hoy, en el contexto de Brasil, nuestro país tiene problemas de distinta naturaleza. Mirando desde fuera, la gente piensa que Brasil tiene necesidad de expansión, pero el mercado interno es tan grande que es difícil convencer a los brasileños de que salgan, y las tasas de lucro son tan elevadas que para la gente es difícil lanzarse afuera. Todavía hay mucho que explotar internamente. Es obvio que Brasil va a seguir con su expansión, pero de igual modo hay otras expansiones. Hay empresas chilenas en Brasil, capital chileno en Brasil. Ahora una importante siderúrgica de Brasil ha sido adquirida por unos argentinos, lo cual me parece muy bien porque nosotros hemos comprado muchas cosas en Argentina y hay que equilibrar.

Brasil tiene otro problema. Nuestro desafío es global. Las empresas brasileñas no pueden ser simplemente latinoamericanas, deben ser globales. Muchas de ellas ya lo son, operan

en Estados Unidos, operan en Europa, en África, en Asia. La economía brasileña ha llegado a una escala tal, que se ha ido diversificando por el planeta, pero sin perder interés en América del Sur, aun cuando tampoco hay que sobrevalorarla, lo que me parece bien porque evita la idea de creer que Brasil quiere esto o aquello de la región. Los brasileños no tienen conciencia de nada de eso. Están volcados hacia la temática nacional.

En cuanto a las consecuencias, ya hablé algo de la crisis en nuestra región. Hay un escritor portugués que tiene un personaje que se llama Consejero Acaso, que siempre dice cosas tontas como “las consecuencias vienen siempre después”... Bueno, las consecuencias de la crisis vendrán y el asunto principal es que la crisis va a pasar y en algún momento terminará. ¿Qué vamos a hacer en el futuro? El tema es saber cómo vamos a ampliar nuestra capacidad de ahorro. La tasa de inversión brasileña es relativamente baja, alrededor del 20%. Si queremos crecer al 5% necesitamos más. Opinión personal: no necesitamos más de un 5% anual, pero de manera permanente. Cuando hay más que eso, como en China, se producen también muchos problemas: concentración de renta y una serie de cosas bastante complicadas. Cuando el crecimiento es muy rápido se produce desequilibrio en la balanza de pagos. Es muy complicado. Si nos proponemos crecer al 5%, aun así necesitamos inversiones más fuertes, y la tasa de ahorro debe crecer. Ese es el problema brasileño. Lo otro es que la infraestructura brasileña quedó estrecha para lo que ya hicimos, y tendrá que crecer mucho más. Eso está vinculado con la tasa de ahorro y con decisiones. Tercero, tenemos que decidir hasta qué punto vamos o no a aceptar capitales privados en áreas que a veces son consideradas estratégicas; por ejemplo, energía, aeropuertos, etc. ¿Habrá o no

un modelo de asociación o de privatización? Eso aún no está muy claro. ¿Cuál va a ser nuestra matriz energética? En Brasil tenemos muchos recursos y hay que tomar decisiones. Además, nuestro gran drama es la cuestión educacional. Cambiar el sistema. Esos son los problemas que tiene Brasil para seguir adelante, empujando el progreso propiciado por el proceso de integración global y no solamente latinoamericana.

¿Cuál es su opinión sobre el conjunto de América Latina, y en particular sobre gobiernos como el de Chávez?

-Los países que tienen mejores posibilidades de que les vaya bien son aquellos que han podido consolidar sus instituciones, las políticas, las económicas y las sociales. En América Latina son solo unos pocos países los que tienen instituciones políticas, económicas y sociales sólidas. Chile es uno de ellos. La gente no está satisfecha con sus instituciones políticas, ni aquí ni en ninguna parte, pero es importante tener una institucionalidad que permita cambio de gobierno sin grandes problemas, o cambio de un partido a otro. Uruguay también lo tiene. El presidente de Uruguay es un ex Tupamaro. ¿Y qué pasó? Nada. Uruguay tiene sus instituciones. Brasil tiene instituciones, quizás no tan fuertes como las chilenas, pero las tiene. Colombia también tiene instituciones, a pesar de la guerrilla. Costa Rica también las tiene. Son países que tienen instituciones económicas, con un banco central que funciona, con capacidad de recaudar impuestos. En el caso de Brasil, la Secretaría de Rentas Internas es muy fuerte y no depende tanto del gobierno. Tiene bases técnicas. El Banco Central también y varias otras instituciones económicas. En el ámbito financiero la regulación es razonable. Logramos crear políticas sociales institucionaliza-

das, como el sistema de becas que impulsamos en mi periodo y que después Lula profundizó. Hay varios mecanismos sociales aceptados por la sociedad, y además nos dimos cuenta de que los países están integrados por la economía.

Hay otros países que no tienen instituciones pero que también se rebelaron en contra de la inevitabilidad de la integración. Voy a repetir una frase del Presidente de Italia, Giorgio Napolitano. Este señor fue líder del partido comunista italiano y viajó a Brasil en esa calidad, e hizo una declaración en los años 70, cuando todos estaban en contra de lo que en ese entonces se llamaba la internacionalización. Él dijo: “Señores, acá no hay que discutir. O nosotros nos internacionalizamos o ellos nos van a internacionalizar”. Tenemos que tomar decisiones que permitan una integración positiva antes que eso venga por fuerza de la economía y de la presión externa. Tenemos que anticiparnos y decidir si queremos eso o queremos aquello.

Algunos países tipo Venezuela proponen un modelo sin integración o con integración a un mundo no-occidental, y hay otros países que por su condición estructural y cultural están compuestos de partes que no se han integrado. Bolivia era así, pero ahora la mayoría, o casi la mayoría, llegó finalmente al poder, porque antes estaba al margen. Ecuador tiene ese problema, menos dramático pero lo tiene, igual que Perú, aunque creo que Perú ha avanzado con Humala, ya que él representa un poco ese Perú sufrido, y puede avanzar si no toma una decisión económica rupturista. Perú también tendrá posibilidades, ya que crece al 5% desde hace mucho tiempo. En ese caso Perú podrá reforzar sus instituciones y participar del grupo de países en mejores condiciones para enfrentar el futuro. Entonces, los que nombré, tipo Bolivia, Ecuador, Guatemala incluso,

están más complicados ya que tienen problemas domésticos y un rechazo a la integración, rechazo que no tiene fundamento. Ellos no lograron integrarse productivamente, de modo tal que pudieran participar ganando algo con ese proceso.

Yo creo que esa es la cuestión en nuestra región. Los países grandes están más o menos bien encaminados, y los temas antiguos desaparecieron: la deuda externa, la inflación, la estabilidad financiera. La región, entonces, está relativamente mejor que antes y podrá seguir mejorando.

¿Cómo la sociedad, a través de los movimientos sociales, puede cambiar el rumbo de la economía y la política? ¿Es posible crear una vía alternativa al capitalismo globalizado?

-Acerca de la existencia de un sistema alternativo al capitalista... En la práctica, hoy el sistema capitalista predomina, con las excepciones de Corea y Cuba. El capitalismo no es uno solo. China es capitalista; no es el mismo capitalismo occidental, pero lo es. Es un capitalismo donde el Estado tiene un poder enorme y sin democracia formal, sin partidos competitivos, pero sí hay mercado capitalista. Ellos dicen que no, dicen que es de otra forma pero en verdad no es cierto. Sin embargo, la contestación siempre es posible. La historia no va a terminar así. No es algo práctico pensar algo así en este momento. Está bien pensar o proponer, pero no va a tener consecuencias prácticas, porque las fuerzas que funcionan hoy en el mundo son fuerzas basadas en un sistema de producción, de distribución y de consumo que es capitalista, y la fuerza que contestaba eso, que eran la Unión Soviética y la China de antes, perdieron, y hoy, en el horizonte histórico actual no se ve alternativa. Eso no significa que no pueda existir esta alternativa en un futuro que

hoy no se divisa, pero tampoco significa que el capitalismo será siempre el mismo, porque no lo es tampoco ahora.

Antes existía la idea de que el capitalismo solo se daba en las democracias. Ya no. Ahora vemos que hay capitalismo distintos y que pueden ser mejores o peores para la gente, pero el capitalismo en sí mismo no es ni bueno ni malo. Las fuerzas productivas parecen estar organizadas de esa manera.

Yo creo que es un hecho del mundo contemporáneo la capacidad de la sociedad civil de moverse independientemente del Estado y de los partidos. Eso viene dado por miles de razones: las formas de comunicación, la fragmentación de las clases, la posibilidad de saltar de un sector a otro. Surge un nuevo tipo de comunidad que no es una comunidad de vivir juntos. Porque ahora se convoca por Internet. Antes vivían juntos. Ahora hay una comunidad a distancia. La idea de los movimientos sociales actuales no es la de expresar una clase. Ellos más bien comparten ciertos valores y ciertas experiencias, de distinto tipo. Es una mezcla más complicada, más heterogénea. Bueno, se sabe que esos movimientos son así, y que van a seguir existiendo y que tienen fuerza, y esa fuerza va a ser creciente porque las personas son hoy más independientes. Y en eso hay un problema, porque estamos asistiendo, principalmente por las redes sociales, por internet y todo eso, no a la vuelta del individualismo clásico, aquel vinculado solo al interés privado, sino a un nuevo individualismo, en el cual yo como persona quiero saber si participo o no, pero como persona solidarizo con otras. No es un individualismo anti-solidaridad. La decisión tiene que pasar por mí como persona, y no como miembro de un colectivo. Eso tampoco significa que yo no me preocupe por el colectivo. Yo me pre-

ocupo por el colectivo y soy solidario con el colectivo. Son fenómenos nuevos que están en marcha.

Pienso que por ahí también van los movimientos feministas y eso va a seguir, porque lo que está detrás de ese empuje enorme es la cuestión de la equidad. Justicia y equidad pasan a ser valores que la gente reclama aun cuando no hable de justicia o equidad, porque el mundo global, capitalista, es creador de desigualdad. Necesariamente desde el lado político habrá que crear contrapesos buscando más igualdad y más equidad. La verdad es que el capitalismo puede fomentar más la libertad que la igualdad, mientras que el comunismo fomenta más la igualdad que la libertad. Creo que ahora el tema es poder sintetizar las dos cosas, ver cómo garantizar libertad e igualdad. Y esos movimientos van a estar por ahí, ya que forman parte de la sociedad contemporánea. Quizás sea una contradicción que haya tanta concentración de poder y simultáneamente tanta capacidad de bombardear ese mismo poder.

Estas olas de protesta que hay ahora en todo el mundo, ¿pueden llevar a formas de democracia más directas? Y estas, ¿cuánto pueden afectar a la globalización económica?

-Respecto a la democracia, las nuevas formas de movimiento no tienen todavía cómo procesar decisiones. Saben cómo procesar negaciones, pero no la positividad. Eso no está descubierto todavía, pero creo que van a seguir y tendrán influencia, y los líderes políticos tendrán que acostumbrarse a que no pueden dar solo órdenes y hablar como lo hago aquí, sino que deben tener la capacidad de escuchar, y la gente quiere hablar, y eso es precisamente lo que internet propicia: hablar y hablar. Si uno se fija bien, es una locura lo que hablan, pero son felices.

ces hablando porque de alguna manera se están expresando. El mundo actual es más que nada un mundo expresivo, y eso va a continuar en todas las sociedades, y los políticos tendrán que adaptarse o serán reemplazados por nuevos políticos, y los actuales tienen muchas dificultades para adaptarse a las condiciones en que la sociedad existe. Muchas veces no oyen nada, y por ello cuando hablan la sociedad tampoco los escucha. Hablan idiomas distintos. Cada quien a su nivel, y eso es la crisis, y cuando estamos en medio de las crisis no logramos obtener la relación más positiva entre todos los factores.

¿Puede hablar de la nueva clase media en Brasil y los desafíos que tiene la clase política brasileña para responder a estas nuevas demandas?

-Acerca de Brasil, los problemas son muchos. Es verdad que hubo una enorme transformación, pero la transformación no solo viene de las políticas sociales, sino del crecimiento económico. Hubo un inmenso crecimiento económico, con oferta de empleos más amplia que nunca, y junto con eso hubo políticas sociales que fueron de inclusión, pero que después no lograron solucionar las aspiraciones.

Las llamadas aspiraciones de las clases medias, que no constituyen todavía clases medias, son nuevas categorías de renta. Ganan más pero aún no tienen una formación cultural común, ni redes sociales comunes. No se constituyen como clases en el sentido sociológico. Son clases fragmentadas, pero que van a constituirse y van a aspirar a cada vez más.

Nosotros estamos saliendo de un momento en que el tema era la cantidad, para luego llegar al tema de la calidad. Fíjense por ejemplo en la educación. A mí me tocó un esfuerzo enor-

me para incluir a todos los niños en la escuela básica. Hoy están incluidos. ¿Pero qué pasa? Las escuelas son malas y hay que mejorar la calidad. De igual manera, estas nuevas clases medias, que son clases de consumo, van a querer más y mejor, y van a demandar de los gobiernos mejor salud, mejor educación, mejor movilización colectiva, y van a demandar mucho: cuanto más asciendan socialmente más van a presionar a los gobiernos. A eso es a lo que estamos asistiendo hoy. En un momento en que la economía se expande, esas presiones no son notorias, porque la gente tiene acceso al consumo. Si por alguna casualidad esas cosas se restringen vendrán protestas, y eso va a tener una expresión política no sé de qué tipo, y si los líderes políticos no se anticipan y no se dan cuenta de que tienen que forzar la calidad ahora, y no solo la cantidad, habrá un problema.

Pero eso es bueno. El peor problema es la escasez. Estamos yendo de un mundo de escasez hacia un mundo de insatisfacción, en contra de la calidad de lo que se ofrece. Antes no se ofrecía nada, y ni siquiera había comida. Ahora hay comida, pero comida mala... salud mala, educación mala. Un país como Brasil tiene 200 millones de habitantes, y tenemos un sistema de salud que se llama SUS, Sistema Unificado de Salud, donde cualquiera tiene acceso gratuito a doctores, pero hay demora y existe cola para llegar al hospital. Hay salud gratis a domicilio, hay trasplantes de hígado donde el paciente no paga nada, pero hay demora y la gente quiere que sea más rápido, y si alguien estaba en una pieza con tres personas, ahora quiere estar solo. Así es la vida. La vida no se acaba cuando uno le entrega algo a una persona. Al comienzo aplauden, pero después quieren más, y eso es positivo, ya que muestra que avanzamos en ese sentido.

¿Cuáles son las soluciones? No creo que haya recetas y no creo que se pueda dar una solución para todos los países al mismo tiempo. Cada quien tiene sus problemas. Nosotros no tenemos el problema educacional que ustedes tienen aquí, porque la educación brasileña, después de mucha crítica, es totalmente gratuita, financiada con dinero del gobierno. Y el gobierno después de Lula se puso a dar becas para escuelas privadas, y dio tantas becas que este año van a cancelar 50 mil, ya que hicieron una evaluación de las escuelas y se demostró que éstas no servían. No hay problemas de acceso. El problema es la calidad: 50 mil becas que no sirvieron de mucho porque la escuela no ofrece calidad. Esos son los problemas que debemos enfrentar.

El desafío central es el que yo comenté aquí, el desafío de la equidad, y es difícil. Tomen el caso de la caja de previsión social de Brasil. Yo no pude hacer casi nada en temas de reforma en esta materia, porque la oposición era feroz. Hoy el promedio de jubilación de la mujer es 51 años, y el de los hombres, 54. Imagínense. Cuando yo una vez dije que dentro de las universidades el promedio de edad de jubilación era de 48 años y la esperanza de vida era de 76, casi me mataron. Me dijeron que era un enemigo de los profesores y cosas así. Y cuando yo dije que aquello era un escándalo, casi me sacan del gobierno. ¿Qué era lo que yo buscaba? Equidad.

Miren cómo está la situación actual en Brasil. Un millón de funcionarios públicos jubilados reciben más, mucho más que los 20 millones del sector privado. Eso no puede ser, pero hay que tener cuidado. En nombre de la equidad hay que crear un sistema, pero no para quitarle a los pobres, sino para que los que ya son ricos tengan un poco menos y para que los pobres tengan más, y es difícil pasar un mensaje por el estilo, pero hay

que tener coraje, hay que tener liderazgo, hay que enfrentar a la oposición y también es una cuestión de innovación. Algunos hablan mucho de innovación pero no les gusta para nada innovar en esas materias. No les gusta. Maquiavelo ya lo decía, el reformador sufre porque el que va a ganar no sabe que va a ganar, pero el que pierde se da cuenta inmediatamente y está en contra. Hay que atravesar el desierto cuando se quiere hacer una innovación poderosa, y solo después de un tiempo la gente reconoce que está bien. Es la naturaleza misma de los anhelos colectivos y la insuficiencia de capacidad expositiva de los que están dirigiendo. Solo en ciertos momentos se logra avanzar un poco más.

El problema principal en Brasil, ahora, es la desigualdad. Sin embargo, hemos avanzado. Somos uno de los pocos países donde, además de mejorar los niveles de pobreza, disminuyó la desigualdad. Pero solo un poquito. Muy poco, y eso choca a las personas.

Además, por otro lado, el sistema de capitalismo global creó una concentración de rentas brutal. Yo digo en broma, en Brasil, que voy a crear un movimiento como el de los “sin tierra”, pero de los “sin avión”. Es un escándalo, la gente tiene un avión o dos aviones. Hay gente que no tiene trabajo decente y ve todos esos excesos. No es casualidad que la gente ocupe Wall Street, porque Wall Street es un símbolo. Los bonos de los gestores de fondos son un escándalo. Están quebrando y ganando. Esto puede traer consecuencias y es natural que los movimientos sociales y políticos se opongan y apunten a una sociedad más igualitaria.

Quizás es una utopía, pero siempre hay que tener alguna utopía. Yo digo que debemos tener una utopía que tenga un ca-

mino práctico, aunque suene contradictorio. Si uno busca dentro del capitalismo dónde las cosas son aceptables, encontrará que es en los países nórdicos, que tuvieron políticas fuertes de distribución. ¿Ya no tienen problemas? Sí, se suicidan. Se aburren. Pero son unos pocos los que se matan, la mayoría no. La mayoría se queda disfrutando una situación mejor.

A final de cuentas, hay posibilidades. Hay necesidad, más que posibilidad, no solo de movimientos sociales, sino también de caminos hacia una sociedad más igualitaria.

A menudo me preguntan si acaso Brasil será la quinta economía del mundo... ¿Por qué no? Si somos la séptima podemos llegar a ser la quinta, pero vamos a llegar a la quinta porque las demás van a caer, no porque nosotros subamos. España, Italia, todas van a caer. Vamos a llegar a la quinta ¿Pero qué pasa con eso? El asunto no es ser la tercera o la cuarta economía del mundo, sino tener una sociedad decente, donde la gente pueda vivir, pueda tener valores, pueda sentirse compensada por vivir en aquel país, pueda tener realmente desarrollo. Hay que volver a la distinción antigua entre desarrollo y crecimiento, porque es verdad. Brasil va a seguir creciendo. La empresa brasileña es muy buena. La chilena también. Los instrumentos de crecimiento ya existen. El Estado aprendió a tratar con todo eso. Tenemos instrumentos para seguir creciendo. *Ceteris paribus*, la economía del mundo se deshace... Tenemos que reforzar más el ahorro. La tensión fiscal, tributaria, de Brasil, es del 36% del PIB. En verdad varía. Si uno es empresario parece que es 40%. Los políticos dicen 36%... Bueno, entre 36 y 40% del PIB. Es enorme. El PIB brasileño es de 3 mil millones de millones, y si es un 40% de eso, ya es un platal. ¿Qué es lo que falta? Dirigir mejor el gasto

público. Electoralmente nadie puede decir eso porque nadie lo entiende, pero es la verdad.

En mi primera campaña yo decía que Brasil no era un país ni subdesarrollado ni pobre, sino que era un país injusto. Ahora lo es más, porque hay muchos más recursos disponibles. Es posible una sociedad más igualitaria. Antes la escasez no lo permitía, pero ahora es posible. Es una cuestión de dirigir mejor el gasto público, de utilizar de manera no regresiva los impuestos utilizados de manera regresiva, tal como aparece en el ejemplo de lo de la jubilación, pero podría dar muchos más ejemplos sobre cómo se hace la distribución de los impuestos de manera equivocada y cómo es posible mejorar las condiciones de vida.

Además, están las instituciones democráticas. Los congresos en algunos países se han vuelto instrumentos de apropiación de bienes públicos para fines privados, y no solamente el congreso, ya que esto también tiene sus eslabones en el ejecutivo y transforma todo eso en instrumentos que toman el dinero público y se lo apropian para fines privados. Eso es un problema ético, un problema de inequidad.

Creo que en la medida en que los países avanzan económicamente y la sociedad se torna más rica, esos problemas pasan a tener mayor importancia. Va a ser más difícil cambiar el sistema judicial en Brasil que crecer un punto en la economía, porque la resistencia institucional de los jueces, de los abogados, de los intereses establecidos, se opone a que se tomen decisiones rápidas en esos temas. Va a ser mucho más difícil cambiar la cultura, la que es crucial en relación a la democracia. ¿Quién cree en Brasil que somos iguales ante la ley? Está en la Constitución: “Todos los hombres y mujeres son iguales ante la ley”. Muy bien, ¿pero quién cree eso?

Un pobre y un rico no tienen la misma oportunidad o posibilidad de ir a la cárcel. Y eso pasa hasta en Estados Unidos. Tomen el tema de la droga, que yo estudié bastante en los últimos años. En Estados Unidos hay 500 mil personas presas por uso de droga, 70% de ellos por marihuana. Todos son pobres, y casi todos son negros. ¿Son los americanos iguales frente a la ley? Discutible. Imagínense en el caso nuestro, donde la gente lee escándalos, que el ministro tanto dimitió porque robó, pero este ministro está en su casa y es bien recibido por la gente, y la prensa lo entrevista. Es una cosa cultural, no es solamente crimen y castigo, es la cultura que acepta eso. Allí hay que dar una batalla grande. No son problemas que se puedan solucionar de un día para otro. Pero no digo esto para desanimarnos.

Yo nací en 1931, ochenta años atrás. Cuando yo nací, Brasil era un país que funcionaba muy mal. La gente se olvida. No teníamos carreteras. Solo éramos productores agrícolas y el café era la base. Hoy el café representa el 2% de las exportaciones brasileñas. Seguimos siendo el exportador de café número uno en el mundo, pero es el 2% de nuestras exportaciones. Para ir de un sitio a otro dentro de Brasil eran verdaderas aventuras. Yo tenía abuelos que vivían en Manaus y nos demorábamos 16 días en barco en llegar allá. No había aviones. Eso era Brasil. Había un 60% de analfabetos por lo menos. Creo que eran más. Hoy hay 10%, que es mucho, pero es el 10%. El cambio ha sido enorme en Brasil, y solo hablo de mi experiencia personal. Cuando yo fui a vivir a São Paulo era el año 40. Ustedes no se imaginan lo que era São Paulo comparado con Río, donde yo nací. Era muy atrasado y pequeño. Yo miraba alrededor y no había calles pavimentadas. Eso era São Paulo. Pase por ahí ahora... es dos o tres veces Nueva York. Yo debo ser optimista. Las

cosas cambian y cambian para mejor. Ahora tenemos miles de problemas, pero son distintos. Antes el problema era la escasez, ahora es la calidad.

Para resumir, eso es lo que pienso. Y Chile –¡por Dios!–, yo vine a Chile en 1964. Me encantó y debo decir que siempre me ha encantado, pero Santiago era una ciudad de provincia. A mí me encantaba por la civilidad con que los grupos se trataban, porque Brasil era más desordenado. De todas maneras, ustedes no se imaginan lo que era el centro de Santiago. Era muy triste. Ahora Santiago es una metrópolis. Tiene otra configuración. Antes había muchas poblaciones callampas aquí, y eso nos llamó la atención. Nosotros vivíamos en Vitacura, y cerca había una población callampa muy grande, con muchos perros, y mi mujer, que era antropóloga y siempre tuvo mucha pasión por la cuestión de la pobreza, iba mucho a las callampas y preguntaba por qué tenían tantos perros. “Para calentar, señora, en el invierno”, le decían. Eso era Chile en los años 60.

Termino contando un chiste de Felipe González.

Un campesino le pregunta a otro:

–¿Cómo está su mujer?

–Bien, ¿y la suya?

–Depende, ¿en comparación con quién?

Así somos nosotros. Estamos mal, ¿pero en comparación con quién? Si nos comparamos con Europa, en este momento estamos mejor. Si nos comparamos con el pasado, también. Si nos comparamos con Suecia, Noruega, Dinamarca, estamos mucho peor. Siempre hay que tener una medida de cuán relativas son las cosas. Si tomamos ese criterio, podemos decir que hemos progresado mucho.